

Reinventando los espacios de trabajo. diálogo. especialización. investigación

24 de mayo de 2011. 15'30 h. Auditorio Juan Pablo II de la Escuela de Arquitectura y Diseño. Medellín (Colombia)

27 de mayo 2011. 10'30 h. Auditorio Corferias. XI Feria Expoconstrucción y Expodiseño 2011. Bogotá (Colombia)

Cuando Kassani me invitó a pronunciar esta conferencia bajo el título de “reinventando los espacios de trabajo” acepté gustosamente la propuesta. Aunque he de confesar que pospuse su análisis hasta que, poco después, tomé un avión: allí pude comenzar a trabajar sobre el tema. También he trabajado en mi último vuelo las notas finales. ¿Tendría, por lo tanto, que considerar el avión como un espacio de trabajo?

Miro a mi alrededor: hoy, los obreros siguen yendo cada mañana a las fábricas y las cajeras al supermercado y los vendedores a sus establecimientos y los contables a sus oficinas. Pero, al mismo tiempo, puedo observar que son muchos los que continúan sus tareas en la cocina de su casa, o en su cama, o en los trenes y los aviones. Y todos sabemos, porque lo hemos experimentado, que las mejores soluciones a problemas laborales nos pueden surgir mientras conducimos o cuando estamos charlando con otros colegas junto a la máquina de café.

Entonces, ¿qué relación tienen nuestros viajes, nuestras viviendas o nuestros cafés con el trabajo? Tienen que ver con que nuestro concepto de trabajo ha cambiado, ha cambiado el sentido que le damos y los valores que de él extraemos. Por lo tanto, ¿es necesario reinventar los lugares de trabajo? Definitivamente, creo que sí.

Las sucesivas revoluciones industriales (la del vapor y la de la electricidad) transformaron nuestros modos de vivir, descansar y trabajar y modificaron profundamente el aspecto de nuestras ciudades. La industrialización sacó al panadero de su obrador, al herrero de su forja, al molinero de su molino y al artesano (importa poco su especialidad) de su taller. Y así, unos trabajadores que, hasta entonces, habían vivido en el lugar en el que trabajaban, acabaron en fábricas y oficinas de tamaño cada vez más grande. Y de ese mismo modo fragmentaron su jornada laboral quienes habían tenido largas horas de ocupación salpicadas con frecuentes pequeñas pausas.

La vieja forma de vivir acabó. Y la línea de montaje hizo el resto. La racionalización de la industria y la secuenciación de las tareas convirtieron a los trabajadores en “dientes de engranajes”, como decía Taylor, en partes de un conjunto que debía producir cada vez con mayor rapidez y eficiencia y que aspiraba, en definitiva, a comportarse como una máquina perfecta. Los telares o los altos hornos, las oficinas bancarias o

la industria de la automoción fragmentaron las tareas y el tiempo de cada trabajador de una forma antes desconocida. De modo paralelo se fragmentaron y especializaron los espacios para trabajar y lo mismo sucedió con las ciudades que, desde entonces, destinaron áreas altamente diferenciadas para cada actividad: aquí la industria, aquí el comercio, aquí las viviendas, aquí los estudios...

Pero el ciclo de las máquinas ha terminado. Es cierto que, hoy, un robot puede tener un rendimiento laboral más alto que el del mejor trabajador. Pero también es verdad que ahora las diferencias no se marcan exclusivamente en tiempos ni en costes de fabricación. Porque un algoritmo permite crear un imperio en menos de una década. Y un buen diseño presentado por una multinacional en declive puede transformarla en icono y catapultar extraordinariamente sus ganancias.

No es tiempo ya de las máquinas, sino de promover las ideas y cuidar el talento. Porque la nueva economía mundial se mueve al ritmo de la creatividad. Y la innovación, para que sea mantenida y eficaz, no se puede dejar, como ha estado hasta ahora, en manos de una sección pequeña y especializada de la empresa, sino que tiene que involucrar a cada persona que forma parte de la misma.

Y no es tiempo de máquinas porque las máquinas, por sí solas, no generan innovación, cambio, mejoras, valor añadido. Es tiempo de ideas.

Pero, ¿de dónde salen las ideas?, ¿es posible cultivarlas?, ¿en qué lugares crecen mejor?

Aunque nadie tiene la receta infalible de la generación de ideas, parece que los expertos se ponen de acuerdo en algo: las mejores surgen de una mezcla entre la introspección y la puesta en común de las intuiciones personales, entre la reflexión interna y la exposición y discusión pública de los pensamientos.

Y si echamos la vista atrás, vemos la historia nos ilustra, además, sobre el espacio más apropiado para que germinen y se desarrollen esas ideas: la ciudad. El ecosistema urbano fue creado por el hombre, no solo para cuidar de sí mismo, de su seguridad y de su bienestar, sino para permitir un flujo constante de bienes y de pensamientos. En sus zonas cerradas, la ciudad permite que se genere la reflexión y en los espacios abiertos, en sus aceras, en sus paseos, en sus plazas públicas, tienen lugar las interacciones aleatorias que permiten que las ideas se multipliquen, como si se tratara de una polinización cruzada. Es más: la ciudad no solo permite que las ideas se mezclen, se crucen y germinen, también facilita su crecimiento y su propagación, lo que no sería posible en el aislamiento del mundo rural.

El cultivo del grano, el arado, la alfarería, el telar, la metalurgia, las matemáticas, la astronomía, el calendario... Es posible que estos grandes descubrimientos fueran inventados varias veces, pero solo triunfaron cuando se propagaron en el entorno de las primeras ciudades, esos asentamientos nacidos hacia el 3.500 a.C. que fueron capaces de almacenar y propagar el conocimiento. Como recuerda en su último libro Steven Johnson, los cafés y las tertulias del siglo de las luces tuvieron mucho que ver con la innovación de la época, igual que las academias de ciencias, igual que los salones artísticos del XIX en el ámbito de las Bellas Artes. Y quiero creer, junto al geógrafo Richard Florida que las ciudades abiertas, amables y respetuosas, las “ciudades creativas” como él las denomina son, hoy por hoy, la mejor apuesta por la innovación constante y las buenas ideas.

Después de todo, la economía del tiempo y del espacio fragmentados, tan eficiente en la época netamente industrial, resulta hoy ineficaz porque limita la creatividad de las personas que trabajan: si su tiempo se fragmenta en exceso, se les impide la reflexión necesaria; si son encerrados en espacios propios, no se cruzarán esas ideas primarias de las que saldrá la chispa de la genialidad.

No sugiero una regresión a viejas ciudades, sino que aprendamos del pasado y devolvamos el protagonismo al ciudadano dentro de la urbe y al ser humano dentro de las organizaciones laborales. El mundo contemporáneo ha hipertrofiado urbes y empresas y que seguirá haciéndolo, pero la arquitectura y el urbanismo tienen una especial responsabilidad: la de recuperar el espacio público y el lugar de encuentro, promover los enriquecedores cruces casuales, facilitar las relaciones en todos los sentidos y no olvidar jamás la escala humana.

He trabajado en la reordenación y regeneración de distintos espacios urbanos. He diseñado waterfronts y Planes Maestros para Valencia (en España), para Matera y La Spezia (en Italia), para Lima (en Perú) y para Izmir y Mersin (en Turquía) y en todos los casos, incluso en los que existe esa especial y compleja relación que se establece entre puerto y ciudad, he demostrado que es posible trabajar con la mirada puesta permanentemente en el ser humano; que es posible reparar el tejido urbano manteniendo espacios privados y reinventando espacios públicos, mejorando equipamientos, replanteando infraestructuras y fomentando tanto el uso de transporte público como la confluencia de usos residenciales, terciarios y de equipamiento y ocio. Con todo ello es posible revitalizar la urbe y volver a poner sus espacios a disposición de la ciudadanía y de sus relaciones. En definitiva, construir una ciudad donde sea posible hacer todo cuanto tenemos que hacer cada día: vivir, disfrutar y trabajar.

La misma idea que ha animado todos mis trabajos urbanísticos es la que, a otra escala, defiende a la hora de diseñar y construir espacios laborales. Buscar el bienestar de las personas; fomentar las relaciones de los trabajadores con el territorio, con la ciudad en la que se encuentran y con su propio medio laboral, con el resto de sus colegas; atender todo ello sin obviar las necesidades ocasionales de aislamiento. Y, como no podía ser de otro modo, utilizando siempre las mejores soluciones de diseño, las más simples, las más bellas y aquellas en las que el coste material y ambiental sea el menor.

Quiero mostrarles como ejemplo dos proyectos ejecutados a partir de esta filosofía: El primero de ellos es Feria Valencia, el equivalente contemporáneo y sofisticado del bazar: un lugar de comercio y encuentro constante. El segundo es la versión reinventada de una industria transformadora de dicada al mueble: el Parque Tecnológico Actiu.

Comencemos, pues, con **Feria Valencia, la ciudad del diálogo comercial.**

Feria Valencia es un espacio de trabajo ocasional en el que, durante unas horas o unos días, miles de personas realizan una intensa actividad. La institución nació a principios del siglo XX, se trasladó a lo que eran los límites de la ciudad en los años 60 del pasado siglo y, a comienzos del XXI, necesitaba una ampliación y revisión. Se valoró su traslado, pero se optó por buscar soluciones que permitieran mejorar su aspecto, ampliar la superficie expositiva y flexibilizar su uso sin alejarlo de la vitalidad del Valencia, de cuyo centro histórico la separan tan solo cinco kilómetros. Construir en altura fue la solución elegida junto con la revisión de los accesos, aspecto fundamental para una institución que tiene una media de 58 eventos cada año, con 13.000 expositores y más de un millón y medio de visitas.

Antes de que se afrontara la creación nuevos edificios, mi equipo y yo nos ocupamos de diseñar del nuevo Master Plan de la zona. En él, planteamos la ordenación a partir del suelo en uso y tomamos medidas importantes como unir dos áreas existentes que se encontraban separadas por un vial de tráfico rodado intenso. Se planeó un eje de carreteras que da acceso rápido a la feria, pero se dejó en un nivel inferior. De este modo quedaron alojados en el subsuelo un gran aparcamiento y un intercambiador que distribuye el transporte público y privado. El resultado fue la transformación del conjunto en una zona predominantemente peatonal y conectada de forma racional y eficaz con la ciudad, pero también con el entorno residencial que había ido creciendo a su alrededor y que fue dinamizado con esta reestructuración.

El carácter de Feria Valencia como un nuevo espacio de centralidad urbana comenzó a materializarse de este modo: sobre el intercambiador subterráneo quedó una plaza peatonal ajardinada. A uno de sus lados se abre el Foro Centro, que da la bienvenida a los visitantes y los conduce a los Nuevos Pabellones donde se celebran las exposiciones. Del otro lado de la explanada se encuentra un gran Centro de Eventos.

El Foro Centro es el edificio de entrada y acreditación para los asistentes a las ferias. Bajo el nivel de la plaza peatonal, cuenta con dos accesos: uno desde el parking y otro desde las paradas de metro o taxi. Y en el nivel de la plaza, el edificio es un espacio diáfano de gran altura preparado para recibir al visitante.

La fachada del Foro es una construcción de acero y vidrio que marca una curva de perfil dentado. Para ella se han utilizado paneles de vidrio: translúcidos los instalados en vertical y transparentes los horizontales. De este modo, se ofrecen las mejores vistas hacia el exterior controlando en todo momento la radiación solar directa, ya que las lamas translúcidas proyectan sombra sobre el interior. La eficiencia energética de las instalaciones se completa con aperturas mecanizadas en la cubierta, que permiten ventilación natural y la salida de aire caliente.

Tras el Foro se encuentran los Nuevos Pabellones, que suman 230.000 m² útiles de exhibición ordenados en tres alturas. Básicamente, son cuatro grandes paralelepípedos diferenciados estructuralmente, pero que en el exterior forman un cuerpo único rodeado por un anillo perimetral que permite el acceso de vehículos a todos los niveles. Así se permite que se celebren unos eventos mientras se preparan o finalizan otros.

Hacia el interior, los pabellones se abren a dos calles que forman una cruz y que cuentan con cubierta acristalada, remitiendo al modelo histórico de la galería urbana. La calle central, que une longitudinalmente los pabellones y a la que se accede desde el Foro, está cubierta por una estructura ligera de arcos lamelares cuya estructura racional y rítmica crea un ambiente amable. Los vidrios de baja emisividad filtran la luz solar y permiten una iluminación natural permanente controlando la temperatura y convirtiendo esta calle, donde se encuentran todos los servicios, en un agradable punto de encuentro.

Por lo que respecta a los pabellones, destinados a acoger docenas de muestras diferentes a lo largo del año, se ha primado en ellos la amplitud del espacio y la facilidad del acceso de las mercancías desde el exterior, como hemos comentado antes. En los dos niveles inferiores, la iluminación es artificial, mientras que en el tercer y último, las cubiertas y la luz natural vuelven a tener protagonismo. Estas cubiertas están realizadas a partir de una malla espacial que permite abrir unos lucernarios acristalados. Estos lucernarios dibujan unas cintas de luz que crean una atmósfera de sobriedad y una impresión de ligereza esencial en este interior de espectaculares dimensiones. Porque, con la disminución del número de pilares realizada de

modo progresivo desde la planta subterránea, conseguimos en este tercer nivel más de 11.000 m² de planta diáfana con tan solo dos puntos de apoyo para la cubierta.

Volvemos ahora a la plaza peatonal, porque a ella también se abre el Centro de Eventos. Según los promotores, este Centro debía proyectar la imagen de Feria Valencia como el moderno centro de negocios que hoy es. Así que, para materializar sus valores de vanguardia y punto de encuentro, elegimos una forma simbólica: un elipsoide de vidrio de gran tamaño que se encuentra truncado por un plano vertical que forma, de este modo, un arco apuntado que recibe al visitante. Esta cúpula, convertida ya en icono de la ciudad, está formada por una retícula de triángulos de vidrio que impone su rítmica presencia y que deja en su interior un espacio espectacular por la altura que resulta siempre igual, por la reiteración de los triángulos, y siempre cambiante, gracias a las variaciones de la luz.

Este espacio es el vestíbulo que recibe al visitante y organiza el flujo de asistentes a unas instalaciones que incorporan un auditorio de 800 butacas y salas de diferentes tamaños preparadas para modificar su disposición en función de las necesidades.

Junto al auditorio del Centro de Eventos, conectado con él y ocupando un gran espacio bajo la plaza peatonal, tenemos un pabellón más, el número 5. Aunque no es solo un pabellón: ubicado sobre tierra firme, es un gran espacio de 10.000m² de máxima versatilidad que permite acoger desde una feria de maquinaria pesada a conciertos y espectáculos variados. Estéticamente sobria, esta sala tiene planta basilical y propone como solución innovadora vigas y placas prefabricadas que forman la cubierta y sirven de base de la plaza.

Estos singulares espacios se han ejecutado en busca del bienestar de sus asistentes. Abundan los materiales industrializados para un montaje más eficiente y para mejorar el aislamiento acústico y térmico del interior. Complementarios entre sí e interconectados, estos edificios son visibles unos desde otros y abarcables siempre para el peatón. El conjunto ferial queda convertido, de este modo, en un nuevo núcleo urbano, en un nodo que se integra en la red que forma la nueva Valencia y que comparte con ella sus mejores características. Era nuestro objetivo: después de todo y como decía antes, la institución ferial no es sino un modernísimo bazar que basa su efectividad en el movimiento de personas, en el encuentro de profesionales, en la oferta de servicios, en la muestra de mercancías; un flujo tan constante y tan intenso que sus transacciones comerciales se cifran en unos 1.000 millones de euros anuales.

Jorge Wagensberg, físico, matemático, museólogo y divulgador español, cuenta la siguiente anécdota:

“Dos jóvenes amigos toman una copa en la barra de un bar. Suelen hacerlo cuando pueden coincidir, porque uno es médico, urólogo, y el otro militar, piloto de caza. Se admiran mutuamente por las historias de su vida profesional que se intercambian en esos momentos de paz. Esa noche, el piloto describe con entusiasmo cómo, pocas horas antes, ha roto dos veces la barrera del sonido con su aparato. Pero no centra la historia en la proeza misma sino en una curiosidad científica: se ha maravillado al ver cómo la onda sonora rompía los cristales de hielo. La copa del médico se ha detenido a medio camino entre el posavasos y sus labios. ‘¿Puedes repetirme eso?’ ‘¿Tú sabes cómo romper cristales a distancia y a través de un medio fluido sin que éste se vea afectado?’ Tal es, en efecto, el problema cotidiano del médico: abrir a sus pacientes para hurgarles en el riñón en busca de mortificantes piedras demasiado grandes para ser eliminadas sin ayuda. Una idea voló sobre la frontera. Hoy raramente se acaba en un quirófano por una piedra en el riñón, hoy se rompen las piedras con sonido, de una manera limpia, indolora y sin postoperatorio”.

Me gusta recordar esta anécdota para visualizar que las ideas, como los pólenes, pueden ser arrastradas de un lugar a otro y acaban por germinar en lugares lejanos. Pero hay que dejar espacios libres para que unos conocimientos se encuentren con otros, unas ideas choquen con sus complementarias y unas disciplinas enseñen a las demás.

Por eso el segundo ejemplo que quiero traer aquí es el de **Actiu, donde se produce un encuentro eficaz entre el ingenio y la materia.**

El Parque Tecnológico Actiu es un lugar netamente industrial donde esta empresa familiar, de rápida y brillante internacionalización, diseña y fabrica mobiliario para espacios de trabajo y colectividades. El lugar consta de tres naves para fabricación de producto, un gran almacén para la gestión de la logística y un edificio para acoger oficinas, laboratorios, salas de reunión y zonas de exposición de producto. Un conjunto que mi equipo y yo, en diálogo constante con el propietario y traduciendo su filosofía corporativa, tratamos de forma unitaria y quisimos que fuera abierto y amable. Buscamos una estética que remitiera a lo industrial, desde luego, pero partiendo de la premisa de que las personas que trabajan en este lugar son el elemento que da sentido al proyecto. En ese sentido, hicimos una traslación, a escala arquitectónica, del espíritu que Actiu aplica en la creación de mobiliario.

*

En este proyecto trabajamos a partir de dos recursos: por un lado elegimos materiales que hablaran el lenguaje industrial: cristal y aluminio, acero y hormigón. Por otro, creamos una sintaxis propia basada en la

agregación y la reiteración formal para lograr dos resultados: recrear poéticamente el trabajo en serie y facilitar al usuario la apropiación de estos espacios necesariamente grandes.

Sobre una gran parcela de 200.000 m² próxima a Castalla, una pequeña ciudad industrial en el Mediterráneo español, planeamos este proyecto con una baja edificabilidad, ocupando tan solo un 30% del terreno, dejando grandes espacios para jardines y fuentes e incorporando al conjunto servicios poco frecuentes aún en las empresas de España como gimnasio, una cancha deportiva y una zona de atención infantil. El conjunto, rodeado perimetralmente por una carretera para el tráfico rodado, se vuelca hacia las zonas verdes que comunican todos los edificios entre sí, sin que nunca se pierda de vista el entorno: los cultivos próximos y la localidad de Castalla dominada por su viejo castillo medieval.

*

Los tres edificios de producción, las tres fábricas, son tres naves contiguas de considerables dimensiones en las que se consiguen grandes luces utilizando pilares mixtos en forma de fuste de árbol cuya enramada la forma una malla espacial. La cubierta presenta un clásico perfil de dientes de sierra que, al margen de su valor simbólico, resuelve distintos usos: la inclinación sur permite la instalación de placas solares fotovoltaicas, mientras que su vertiente norte se convierte en un lucernario acristalado que sobrepasa la cubierta y continúa hasta el suelo por las fachadas este y oeste. De este modo, el entorno natural y la actividad del resto de la empresa se incorporan al interior de la fábrica, poniendo en comunicación visual a los trabajadores de las distintas secciones. Y lo hacen de modo rítmico, puesto que cada nave queda modulada con estas aperturas cada 22 metros.

*

En el gran edificio logístico, que ocupa 18.000m² de superficie destinada a almacenar y ordenar mercancías, el ritmo tiene la forma de un tablero de ajedrez. Un tablero con 25 módulos cuadrados, enmarcados por un espacio perimetral y cubiertos por 25 tetraedros regulares. En el interior se logra así mantener un amplio espacio diáfano donde los pilares marcan la ubicación de las grandes estanterías de almacenaje. Es en los módulos de cubierta donde, con un único gesto, se resuelven diferentes aspectos: el cerramiento del espacio, la apertura de lucernarios, el aprovechamiento de energía solar y la recogida de aguas pluviales. Esta cubierta está planteada como la metáfora de un campo cruzado de acequias. Para ella ideamos una viga que es, al mismo tiempo, un canalón de enormes dimensiones (1,40 de altura) destinado a recoger las valiosísimas aguas pluviales en una región seca y caracterizada por sus lluvias escasas y torrenciales. Aún tiene otra función más este elemento, ya que se prolonga más allá de la fachada para convertirse en gárgola que aporta su cadencia a la enorme fachada del edificio.

Sobresaliendo entre las vigas-canalón se alzan en la cubierta 25 cúpulas piramidales; en ellas, el plano orientado a norte se dispone en un nivel diferente para establecer un lucernario que da entrada a la luz natural, mientras que la cara que recae al sur incorpora placas solares fotovoltaicas.

Por último tenemos el edificio corporativo, destinado a albergar todos los espacios de gestión de Actiu. Su planta dibuja una elipse de extremos apuntados, una forma que surge, no en busca de la geometría pura, sino de la adaptación al medio: su perfil sigue la curva de la carretera contigua (vía de comunicación esencial para Actiu) y buscando logra espacios de diferente exposición solar.

El edificio se desarrolla en tres plantas operativas más un sótano como aparcamiento. Las fachadas, marcadas por un gris oscuro, se modulan mediante grandes aperturas horizontales que siguen el ritmo del sol: más amplias en levante y menores hacia el poniente. El interior, fundamentalmente blanco, se ordena en torno a un patio central ajardinado de triple altura rematado por un lucernario y al que se abren, mediante pasillos, las tres plantas. Dos escaleras estructuran el espacio en sentido vertical: una se ubica justo a la entrada de la empresa, dando la bienvenida al visitante e invitándolo a ascender hasta el núcleo mismo de la empresa; la otra, en el centro del patio, es una escalera helicoidal sin apoyo en el eje que cumple una triple función, ya que comunica el espacio, lo adorna y lo estructura puesto que se trata de una gran viga de acero que, sin dejar nunca de serlo, se envuelve sobre sí misma.

El resultado de esta ordenación en el edificio corporativo es una comunicación visual constante entre las oficinas, laboratorios y talleres aquí instalados y, de todos ellos, con respecto a las personas que trabajan en el resto del Parque. Y, por lo que respecta al Parque Tecnológico, el efecto conseguido es el de facilitar un diálogo constante entre el entorno y el interior, entre quienes imaginan soluciones y quienes elaboran el producto, entre las ideas y la materia.

*

Igual que sucedía con Feria Valencia, este complejo industrial incorpora abundantes materiales prefabricados, capaces de facilitar la construcción y hacerla más eficiente desde el punto de vista económico y energético. Pero, tan importante como ellos, son los elementos que aporta el propio medio en el que se construye el conjunto de edificios: la luminosidad del Mediterráneo que penetra en todos los ámbitos, incluso en el de almacenaje; su vegetación, su clima y su proximidad al mar. Todo ello queda incorporado en un proyecto que se ha hecho, ya desde el inicio del mismo, siguiendo criterios sostenibles. Por eso se han construido aljibes capaces de almacenar hasta 12.000 m³ de aguas pluviales procedentes de las cubiertas de los edificios para abastecer los jardines de una región en la que llueve poco y de forma torrencial. Por eso se ha introducido en las cubiertas una planta solar con capacidad para 7 millones de kWh

al año, 6 veces más de lo que la empresa consume y que permite abastecer parcialmente la comarca. Y por eso se ha cuidado el soleamiento de espacios y se ha facilitado la aireación natural de los interiores. En 2011, Actiu obtendrá el certificado LEED-EB Oro.

Y ahora vuelvo a la pregunta inicial: ¿hay que reinventar los espacios de trabajo? Rotundamente, sí. Creo que nuestras ciudades, sus equipamientos o los lugares de trabajo pueden y deben ser reconsiderados, revisados, reinventados por el arquitecto como creador de espacios y de formas. Espacios y formas que enriquecerán o entorpecerán las relaciones, facilitarán o dificultarán el cruce casual, el conocimiento y la cooperación.

Permítanme que repase junto a ustedes algunos de los elementos con los que trabajo habitualmente para conseguir esos resultados.

Vestíbulos, patios, pasillos, calles... considero esenciales estos espacios de un edificio, sea o no lugar de trabajo. Bienvenida, encuentro, charla, circulación, cruce casual... son los lugares de la comunicación informal, donde se deja margen para que el azar actúe.

En el auditorio de Torrevieja, uno de mis últimos proyectos, el hall es uno de sus espacios reseñables. El auditorio está situado en un lugar de gran interés paisajístico, un altozano frente al Mediterráneo que domina las salinas que alimentaron secularmente la economía de la ciudad. El edificio, de planta elíptica, alberga dos salas de conciertos, una sinfónica y otra para música de cámara, que se encuentran instaladas en su núcleo, en el centro de la elipse; alrededor de ellas se despliega perimetralmente el espacio público del hall, un envoltorio permeable y translúcido que se abre al paisaje con una fachada de vidrio. Así se recrea el tradicional foyer, lugar de encuentro y expectación, de valoración, celebración y tertulia, pero convertido aquí también en un lugar de transición entre el interior y el exterior del recinto, en una invitación a penetrar hasta el centro mismo de la música.

Al noroeste de este auditorio y comunicado con él a través de un gran parque, se encuentra el nuevo conservatorio de la ciudad, un espacio destinado a los estudios de música y danza que nosotros hemos resuelto descomponiendo sus aulas hasta convertirlas en una pequeña ciudad estudiantil de piezas dispersas. Parte esencial de la estructura son las conexiones existentes entre estos bloques: calles y jardines, unos al aire libre y otros cubiertos, destinados a la circulación y el encuentro de los jóvenes músicos.

Un carácter muy diferente presenta el patio interior del Hotel Westin. El edificio, nacido para una sonada Exposición Regional que vivió Valencia en 1909 e hijo de la estética modernista del momento, fue sucesivamente, y una vez terminado el evento, industria lanera, cuartel y centro de bomberos hasta que nos ocupamos de su transformación en el hotel de gran lujo que es hoy. Sobre una parcela de 6.600m² y tras la fachada histórica que se respetó escrupulosamente, el edificio despliega 136 habitaciones de cuidada decoración, restaurantes, salas de conferencias, cocinas, SPA y aparcamientos. Todo ello dispuesto en una composición anular en torno a un patio de 1.800m². El jardín mediterráneo, descubierto y protagonizado por las especies locales, capaz de generar un remanso de quietud en medio de una gran urbe, se configura así como el elemento nuclear y simbólico de un hotel que recoge de esta forma la herencia latina, la antigua esencia del buen vivir para ofrecerla, reinventada, a los modernos viajeros.

Este mismo buen vivir, el bien-estar, **el confort térmico y lumínico apoyado por la ventilación natural y la luz solar** son aspectos que busco en todo tipo de establecimientos y que reivindico para todos los ciudadanos. Incluso, o mejor dicho, sobre todo, en los momentos más duros.

Actualmente se encuentra en construcción un pabellón quirúrgico dentro del Hospital General de Valencia diseñado en mi estudio. La institución promotora, con cinco siglos de tradición en los que ha sabido mantenerse a la vanguardia científica y asistencial, nos encargó un edificio que había de incorporarse al complejo hospitalario edificado en los años 60 del pasado siglo y debía unir la máxima funcionalidad con una imagen de vanguardia. Nosotros quisimos, además, que este espacio que reúne 28 quirófanos de alta especialidad, una Unidad de Cuidados Intensivos y una zona de corta estancia, gozara de todo el bienestar que proporcionan la luz, la vegetación y la ventilación natural ya incluso desde el sótano.

El edificio arranca desde ese sótano en el que se ubican 3 quirófanos de alta complejidad para el que hemos diseñado un patio inglés ajardinado de tres metros de ancho de modo que la planta cuente con iluminación y ventilación natural. Sobre la cota de la calle se alzan cinco plantas que se organizan siempre del mismo modo: la zona más alejada de la entrada se reserva para los servicios especializados mientras que la que queda cerca del acceso principal, en el este, acogerá los servicios de administración y zonas para visitas.

Precisamente la fachada que recae sobre el este está protagonizada por el vidrio. En ella se abren grandes terrazas en forma de voladizos y se añaden jardineras de gran tamaño para la formación de pequeños jardines colgantes.

El elemento esencial, sin embargo, se encuentra en las fachadas que recaen a Norte y Sur, que han sido tratadas con una doble piel: la primera corresponde al aislamiento y está realizada con ladrillo trasdosado e incorpora grandes aperturas con vidrio; la segunda piel se forma por paneles de acero galvanizado, perforado, corrugado y lacado de colores vivos que se organizan con un ritmo aparentemente arbitrario... hasta que se accede al interior, comprobando que el recurso cromático codifica los espacios según su uso. De este modo, el color del exterior está indicando la actividad interior y convirtiendo el edificio en un gran código de barras. La existencia de esta segunda piel no tiene solo un valor estético y simbólico ya que permite el acceso independiente a las instalaciones técnicas sin que sea necesario penetrar en el espacio sanitario. Otras ventajas son su capacidad para amortiguar los ruidos del exterior y controlar la incidencia solar en el interior para apoyar el confort térmico.

No es la primera vez que trabajo con pieles metálicas. El IVAM, el Instituto Valenciano del Arte Moderno es una institución creada en 1989 (la primera de este tipo en España) y que adquirió pronto un importante prestigio internacional. En 2004 se planeó una ampliación en cuyo diseño trabajé junto al estudio SANAA, de los japoneses Kazuyo Sejima y Ryue Nishizawa y que fue galardonado con el León de Oro de la 9ª Bienal de Venecia. Aunque lamentablemente su ejecución no tiene aún fecha, me gustaría comentarles algo sobre esta ampliación basada en la aplicación de una piel. Básicamente, el proyecto que se planeó consistía, no en apropiarse de más espacio de la ciudad para dárselo al museo, sino en envolver el edificio preexistente con una piel de acero. Esta piel, que forma un paralelepípedo de 90 x90 metros de ancho y 30 de altura, tiene (a pesar de sus dimensiones) un aspecto translúcido y ligero y tiene también la peculiaridad de ser simultáneamente, la estructura del nuevo edificio, su fachada, su piel. Esta piel, prevista en chapa de acero, está diseñada para que su grosor, el diámetro de los orificios practicados y su posición conviertan el viento en brisa, eviten la insolación directa y permitan crear, en definitiva, un espacio fronterizo: a medio camino entre el exterior y el interior, entre el espacio público de la calle y el lugar casi sagrado que es un museo, entre la dureza de la intemperie y el clima controladísimo de las salas de arte.

Diálogo. Especialización. Investigación. He construido todos los proyectos que he traído hasta aquí a partir de esos tres elementos que considero la base que debe sustentar cualquier proyecto arquitectónico responsable. Diálogo. Especialización. Investigación.

Diálogo con el cliente y con la ciudad, con la historia de una empresa, con su entorno, su cultura y su medio. Porque la arquitectura no es una creación aislada.

Especialización y trabajo a través de equipos multidisciplinares, pues solo así es posible resolver de manera integral un proyecto.

E investigación para seguir avanzando al ritmo que nos exige la sociedad. Porque no se pueden trasplantar modelos de un lugar a otro sin más. Ni basta con copiar criterios académicos heredados, ni repetir modelos de éxito. Ya no. Hay que investigar en la memoria del oficio y extraer de ella el conocimiento exhaustivo del entorno y de la tradición local. Hay que investigar en los nuevos materiales. Hay que arriesgar.

¿Hay que reinventar los espacios de trabajo? Una vez más, sí. ¿Cómo? Diálogo. Especialización. Investigación.

Y esta reinención, ¿para qué?

- Para crear espacios confortables, donde se pueda trabajar de forma más eficiente y satisfactoria.
- Para favorecer las relaciones del centro de trabajo con el resto de la ciudad, con el entorno urbano en el que se inserta, acabando así con el aislamiento de la era industrial.
- Para potenciar la inclusión de todos cuantos acuden a un centro laboral, facilitando su implicación en el proyecto empresarial.
- Para impulsar las relaciones y encuentros entre empleados de diferentes áreas y niveles pues en cada interacción, aun en las casuales, se enriquece la vida de la empresa y del empleado.
- Para promover, dentro de un mismo espacio, la mezcla de actividades.
- Para fomentar los lugares abiertos y los jardines, los grandes vanos que permitan incorporar el territorio al entorno laboral.
- Para promover la sostenibilidad tanto en la construcción como en el mantenimiento.
- En definitiva, para devolver al trabajador, como ser humano completo y complejo, el protagonismo que durante las revoluciones industriales le había sido arrebatado por las máquinas.

Gracias.